

Consideraciones sobre la economía mexicana en 1978

En 1978 se cumplió la primera etapa de la política económica del actual gobierno: la superación de la crisis y el inicio de la recuperación. Los indicadores macroeconómicos muestran la inflexión en las tendencias:

- Se estima que el producto interno bruto creció a una tasa de 6 a 7 por ciento, considerablemente superior a la registrada en los cuatro años anteriores. Es, además, la primera vez que se obtiene un aumento en el producto interno por habitante, después de dos años en que se redujo. Con este avance probablemente se alcanzará el nivel absoluto de 1974.

- El sector industrial creció aceleradamente. De enero a octubre, el índice de volumen aumentó 10% en relación con el mismo período del año anterior. Se calcula que la producción del sector agropecuario se elevó, aunque las cifras precisas de los subsectores (agricultura, ganadería, silvicultura y pesca) aún no se conocen. En el comercio y los servicios también se supone un comportamiento favorable. En particular, destaca la acelerada expansión del turismo proveniente del exterior.

- Las ramas más dinámicas del sector industrial fueron petróleo y petroquímica (15.8 y 18.8 por ciento de aumento). Su comportamiento se explica fundamentalmente por los recursos invertidos y por la rápida expansión de las exportaciones. En cambio, la minería mostró una disminución de 1.8%, principalmente por dificultades en los mercados externos.

- El índice de volumen de la producción manufacturera fue 8.9% superior en enero-octubre de 1978 al de igual lapso de 1977. Las industrias más dinámicas fueron la fabricación de vehículos automotores (35.2% de aumento), la fabricación y reparación de productos de hule (23.6%), las industrias metálicas básicas (20.9%) —en especial la fabricación de

tubos de hierro y acero, que creció 34.3%— y la construcción y reparación de maquinaria (16.2%). En cambio, la fabricación de productos químicos tuvo un comportamiento menos favorable (0.5% de aumento), pues decrecieron los productos químicos básicos (– 4.9%) y los abonos y fertilizantes (– 7.9%). También crecieron lentamente la fabricación de textiles (1.3%), las prendas de vestir (3.7%) y los alimentos (3.9%). En resumen, en la industria manufacturera el impulso provino sobre todo de la demanda de bienes de inversión y de algunos bienes consumidos por capas de altos ingresos, mientras que las industrias de bienes de consumo popular, a pesar de una mejoría, fueron las menos dinámicas.

- Los precios aumentaron considerablemente menos que el año anterior. En 1978 el promedio anual del índice nacional de precios al consumidor fue 17.5% superior al de 1977. Esta tasa, aunque alta en comparación con las registradas en el decenio de los sesenta, es un éxito en relación con la de 1977 (29.1%). Empero, sólo fue posible merced al sacrificio de los grupos de menores ingresos.

- En términos generales, el salario real continuó deteriorándose, aunque a una tasa menor. Es posible que en algunas ramas los trabajadores hayan logrado incrementos del salario real. En enero de 1978 los salarios mínimos nominales aumentaron en promedio 14.6%. En el curso de ese año se pactaron incrementos de 12 a 15 por ciento en la mayor parte de los contratos colectivos de trabajo; sólo en casos excepcionales fueron mayores.

- La tasa de ocupación en la industria manufacturera fue aumentando en el curso de 1978, hasta promediar en el lapso enero-octubre 4.1% más que el año anterior. Al comparar este incremento con el de la producción de la misma actividad se puede concluir que esta última elabora bienes y usa tecnologías que en términos relativos ocupan poca mano de obra.

- Se recuperó la inversión. Según el Banco de México, en el período enero-noviembre de 1978 la importación de bienes de capital en dólares corrientes creció 35.8%. Las compras externas de este tipo de bienes aumentaron 46.7% en el sector privado y 18.6% en el público. De enero a octubre la producción de bienes de capital fue 23% mayor que la del mismo lapso de 1977; la construcción creció 14.3 por ciento.

- Se estima que en diciembre de 1978 el medio circulante fue 30% superior al del mismo mes de 1977. Dicho porcentaje es mayor que el probable aumento del producto interno bruto a precios corrientes. Ello ocurrió a pesar de que el Banco de México congeló recursos del sistema bancario en agosto y diciembre. Entre las posibles razones de este comportamiento se puede señalar el retorno de algunos recursos que salieron del país en los momentos de pánico de fines de 1976, la entrada de nuevos capitales externos que se convirtieron en pesos y el efecto multiplicador del crédito bancario.

- La captación de pasivos no monetarios por el sistema bancario aumentó considerablemente. Excluyendo los préstamos de bancos del exterior, la cifra de octubre fue 34.9% más alta que la del mismo mes de 1977. Ello obedece a la mayor actividad económica, a las elevadas tasas de interés, al retorno de capitales y a las variaciones poco significativas del tipo de cambio. También se observó una tendencia a captar depósitos a mayor plazo y en moneda nacional.

- Los recursos captados por el sistema bancario se utilizaron para hacer más accesible el crédito a empresas privadas y a particulares, así como para financiar el sector público; incluso fue necesario congelar una parte en el Banco de México.

- Se estima que en 1978 el déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos será de

2 600 millones de dólares (en 1977 fue de 1 543.3 millones y en 1976 de 3 068.6 millones). En los primeros nueve meses llegó a 1 598.0 millones.

■ El saldo negativo de la balanza de mercancías ascendió a 1 661.6 millones de dólares en el período enero-octubre. Excluyendo las operaciones de Petróleos Mexicanos esta cifra alcanza a 2 023.7 millones de dólares. Las exportaciones totales de mercancías aumentaron 30.9%, mientras la importación creció 39.3%. El dinamismo de las primeras se basó en la venta de petróleo, gas y derivados (1 394.0 millones de dólares, 85.7% de aumento). Las exportaciones de la industria de transformación fueron de 1 497.1 millones de dólares (29.6% de incremento) y las agrícolas de 900 millones (1.7% de disminución). La falta de capacidad productiva de ciertas ramas fue la limitación principal del aumento de las ventas externas.

■ El crecimiento de la importación de mercancías es resultado del mayor ritmo de actividad económica. Las compras de materias primas crecieron 53.5% y las de bienes de inversión 28.1% en el período enero-octubre de 1978 con respecto al mismo lapso de 1977.¹

A la luz de lo anterior, cabe afirmar que los impulsos más importantes para estimular la actividad económica provinieron de la inversión privada y la expansión petrolera. En lo que atañe a la primera, se atrajo ahorro externo y se aumentaron los rendimientos del capital. Para ello se mantuvieron bajos salarios reales, se elevó la tasa de interés, se incrementó el crédito, la paridad cambiaria no registró alteraciones importantes, se facilitó el acceso de la inversión extranjera, se liberaron algunas importaciones y ciertos precios, se continuó proveyendo de insumos estatales baratos a las empresas y en muchos casos se aseguró a éstas un mercado. Para la expansión de la industria petrolera se emplearon recursos del sector público y del exterior. Aunque ello implicó la reducción relativa de las asignaciones presupuestales de otros rubros, contribuyó en forma muy importante a evitar un desequilibrio mayor en la cuenta corriente. Además, Petróleos Mexicanos incrementó su importancia como demandante de mercancías, servicios y mano de obra, lo que generó mayor actividad en algunas ramas.

Al comenzar 1979 los problemas de la economía mexicana suscitan preocupaciones diferentes. Como señaló el Presidente de la República, los indicadores agregados son “útiles a los expertos, pero no satisfactorios para el pueblo, que sigue sufriendo la inflación”.² La dificultad ya no consiste en la escasez de recursos financieros, sino en cómo evitar que su exceso provoque presiones inflacionarias; más que pensar en cómo usar la capacidad instalada ociosa, hay que eliminar la insuficiencia de la oferta de varios sectores estratégicos. Los problemas estructurales de la economía mexicana siguen agravándose. Si bien el desempleo coyuntural provocado por la crisis empieza a corregirse, el estructural tiende a acentuarse. Aunque la producción industrial ha aumentado, sigue orientada fundamentalmente a satisfacer las necesidades de las capas de ingresos altos y medios. La tecnología se sigue comprando en el extranjero a costos crecientes, sin adecuarla a las condiciones del país. A pesar de los esfuerzos realizados por el sector público, los campesinos todavía carecen de los recursos y la organización que les permitan producir para satisfacer muchas de sus necesidades más urgentes. La dinámica del crecimiento, aun tomando en cuenta la mayor participación del sector público, sigue basándose en la inversión privada, que se orienta preferentemente a obtener utilidades y no a satisfacer necesidades sociales. Todo ello, cuya manifestación más extrema es la pobreza de muchos frente a la opulencia de pocos, constituye lo que con eufemismo tecnocrático se ha dado en llamar “condiciones de país en vías de desarrollo” o de “inadecuada distribución del ingreso”.

1. Empero, como se dijo, la importación de bienes de capital en el período enero-noviembre creció 35.8%, según cifras preliminares del Banco de México.

2. Véase *El Día*, México, 5 de enero de 1979.

Al concluir la etapa de recuperación e iniciarse la de consolidación, es posible empezar a corregir esas graves deficiencias estructurales. Sólo un diagnóstico cabal de los factores que condujeron al país a la situación presente permitirá elaborar una estrategia detallada y viable que promueva el desarrollo económico, político y social y no el mero crecimiento.

Empero, hay amplia coincidencia en que el modelo idóneo para ese fin ha de sustentarse principalmente en la expansión del mercado interno, la creación de empleo remunerado con justicia, el uso eficiente de los recursos naturales y financieros, la capacitación de la fuerza de trabajo, la adecuada distribución de los habitantes en el territorio y el intercambio racional de bienes y servicios con el exterior, todo dirigido a la satisfacción de las necesidades básicas de los mexicanos.

En el logro de lo anterior, el petróleo tiene un papel preponderante. Al referirse al uso de los excedentes que generará ese recurso básico a partir de 1980, el presidente López Portillo indicó que los proyectos deberán “estar orientados a la generación de empleos. . . [y] a combatir la miseria extrema”. Además, a desarrollar una política industrial “que supere el que se llamó ‘desarrollo estabilizador’ que, rechazado en años pasados, siguió vigente como un desarrollo estabilizador que yo llamo ‘vergonzante’ ”.³

En la actualidad no puede concebirse la problemática del país como la disyuntiva entre crecer o no. México dispone de recursos naturales, de capacidad organizativa y, sobre todo, de una abundante mano de obra capaz de lograr un rápido aumento de la producción. El verdadero reto consiste en transformar esa expansión en un proceso permanente, más equitativo, que elimine la miseria y garantice la independencia y soberanía de la nación. □

3. Véase *El Día*, 30 de noviembre de 1978.

Causas y pretextos del alza del petróleo

En la última reunión de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), realizada a mediados de diciembre último en Abu-Dhabi, se decidió aumentar el precio del petróleo crudo. Las alzas serán escalonadas y empezaron a tener vigencia el 1 de enero de 1979. El aumento previsto acumulado hasta el 1 de octubre próximo será de 14.5 por ciento.¹

1. Los precios del crudo de referencia (liviano de Arabia Saudita) pasaron de 12.70 a 13.33 dólares por barril el primer día de este año (aumento de 5%). Se elevará a 13.84 el 1 de abril (3.809%), a 14.16 el 1 de julio (2.294%) y a 14.54 el 1 de octubre (2.691%).

La decisión de los países integrantes de la OPEP se tomó después de un período de relativa inmovilidad de los precios y en medio del desconcierto causado por la crisis política de Irán. Hace un año, al comentar los resultados de la conferencia de la OPEP reunida en un balneario cercano a Caracas, en una nota de *Comercio Exterior* se formulaba la siguiente reflexión: “La congelación de precios no podrá mantenerse en el largo plazo, y esto lo han reconocido los propios países que propiciaron el congelamiento. La necesidad de explorar yacimientos a mayor profundidad y en la plataforma marítima elevará los costos medios de extracción, por lo que puede afirmarse que la tendencia general de los precios será hacia el alza en el mediano y largo plazos”. Más adelante se afirmaba: “Que los mayores productores de la OPEP militen definitivamente en el bando de los partidarios de los precios congelados no significa que las cotizaciones del crudo se mantengan invariables para siempre, sino que estos países podrían reexaminar los precios cuando el equilibrio de sus propios intereses así lo indique. En primer lugar, si el petróleo sigue siendo el principal medio de acumulación, no dejarán que se deprecie indefinidamente”.²

El alza del precio del petróleo, en agosto de 1973 y en noviembre de 1974, no puede atribuirse seriamente a una especie de complot contra la economía mundial. La necesidad de ampliar el horizonte de las reservas y de incorporar nuevas tecnologías a la explotación son las condiciones que determinan la posibilidad del aumento de los precios, y esas circunstancias fueron aprovechadas por el Gobierno de Estados Unidos y las compañías petroleras para alentar en 1974 dichos aumentos.³ Algo parecido sucederá con los minerales que se extraerán del fondo de los mares. En el futuro, la explotación de las materias primas será más costosa. Así, los aumentos de precios deberán considerarse normales, sobre todo porque en muchos casos ha habido un retraso de éstos con respecto a los costos.

Sin embargo, a menudo la circunstancia que justifica el aumento no tiene mucho que ver con la tendencia que explica la evolución de los precios, y generalmente responde a situaciones coyunturales. En 1973, la razón de los aumentos se encontró en el embargo dictado por los países árabes como parte del conflicto entre éstos y el Estado de Israel, pero no fue la guerra la causa capaz de explicar los aumentos. En diciembre de 1978, cinco años después del salto en los precios del crudo, la explicación inmediata puede encontrarse en los acontecimientos políticos y sociales de Irán, que han hecho trastabillar el equilibrio mundial de fuerzas. Sin duda, no es la crisis iraní la causa exclusiva determinante de la nueva alza de los precios del petróleo.

Los aumentos de 1973 y 1974 propiciaron una explotación más intensa y diversificada de los recursos energéticos. Se apoyaron en la gran demanda mundial de ese momento, debida a la culminación del ciclo expansivo en las economías capitalistas, y en realidad la guerra árabe-israelí sólo constituyó un pretexto. El aumento fue tan pronunciado y sus consecuencias en la redistribución del poder político y económico mundial fueron tan importantes, que los grandes países exportadores de petróleo adquirieron un nuevo “status”.

Durante los siguientes cuatro años los grandes jeques del Cercano Oriente y los monarcas de Irán y Arabia Saudita unieron sus destinos a los del gran capital financiero estadounidense. En la medida en que el excedente petrolero se convertía en intereses de bonos del Tesoro de Estados Unidos y en dividendos de compañías transnacionales, surgieron contra-

2. Véase “Se profundizan las divergencias en la OPEP”, en *Comercio Exterior*, vol. 28, núm. 1, México, enero de 1978, pp. 78 y 79.

3. Véase “Petróleo: antes y después de la reunión de Qatar”, en *Comercio Exterior*, vol. 27, núm. 1, México, enero de 1977, pp. 88-96.

dicciones en la OPEP. La principal de ellas consiste en que para esos grandes exportadores de petróleo el sostenimiento del dólar y de los intereses financieros de Estados Unidos es tan importante como la cotización del crudo, mientras que los demás miembros de la Organización generalmente pugnan por defender el poder adquisitivo de su valioso recurso natural. Una vez establecida la nueva correlación de precios, que aseguró a las grandes transnacionales estadounidenses el control del mercado de la energía y que redujo la capacidad competitiva de los aliados de Estados Unidos, este país y sus círculos dirigentes procuraron evitar nuevas alzas del petróleo, para manejar en su favor la crisis económica y monetaria mediante la depreciación del dólar. Por las mismas razones, Arabia Saudita, Irán y los principales emiratos del Golfo Pérsico frenaron los aumentos solicitados con posterioridad por los otros países productores.

El capital financiero árabe, iraní y de los Emiratos Arabes Unidos se basa en el petróleo. La depreciación del dólar y su caída frente a las otras monedas fuertes del mundo hicieron que el precio de 12.70 dólares por barril de crudo liviano saudita equivaliera a fines de 1978 a no más de 5 dólares de 1973, según cálculos de fuentes cercanas a la OPEP. Arabia Saudita, Irán y los Emiratos presionaron con insistencia al Gobierno estadounidense —en sus tratos bilaterales— para que éste tomara medidas que efectivamente estabilizaran el dólar, pero no obtuvieron resultados prácticos. Pese a ello, en vísperas de la última conferencia de la OPEP, Arabia Saudita todavía insistía en congelar el precio del crudo, aunque ya no estaba en situación de romper el bloque de los otros productores, como lo hizo en 1976.⁴ La falta de reajustes efectivos en el precio frente al retroceso continuado del dólar y la crisis de Irán, debilitaron su posición y dieron fuerza a los que clamaban por un aumento.

La gran prensa de los países capitalistas industrializados no abandona la prédica absurda de que el petróleo es la causa de la crisis económica. Así, la tesis ha resurgido con motivo de los aumentos decretados en Abu-Dhabi.⁵ Sin embargo, “cuando empezó el aumento de los precios del petróleo, ya el mundo estaba envuelto en la emisión incontrolada de dólares, el dólar había sido devaluado y —el 15 de agosto de 1971— había tenido lugar la suspensión de la convertibilidad de la moneda estadounidense. El caos monetario y la inflación eran hechos concretos mucho tiempo antes de que aumentaran los precios del petróleo. . . Es indudable que la compensación eleva el nivel de los precios mundiales, pero simplemente se suma a una corriente alcista que no tuvo su origen en el petróleo, sino en fenómenos mucho más generales y propios de la organización económica del capitalismo de posguerra”.⁶

Los países capitalistas industrializados entraron de lleno en la recesión en 1974. Ello se debió a la caída de la rentabilidad de las inversiones, a la atracción cada vez mayor por las colocaciones especulativas —que obstruían aún más el desenvolvimiento normal del aparato productivo— y al aumento de los costos. El encarecimiento del petróleo agravó la situación general y redistribuyó los resultados de la crisis. Posteriormente, mientras las tendencias de los precios de la mayor parte de las materias primas se revertían con rapidez incluso en términos corrientes, el petróleo —gracias al poder monopolístico de la OPEP— pudo conservar, por los menos, sus valores nominales. La irritación de los países ricos se debe a que los productores de petróleo conservan suficiente fuerza para imponer alzas que impiden el deterioro completo del precio, a diferencia de lo sucedido con otros productos básicos. De esta manera, el petróleo no se suma a la corriente de materias primas cuyas cotizaciones se de-

4. Véase “Reunión de la OPEP en Estocolmo: grandes cambios sin modificar los precios reales”, en *Comercio Exterior*, vol. 27, núm. 8, México, agosto de 1977, pp. 969-973.

5. Véase, por ejemplo, Leonard Silk, “Can U.S. cope with oil rise? ”, en *The New York Times*, Nueva York, 20 de diciembre de 1978.

6. Véase “Petróleo: antes y después. . .”, *op. cit.*

gradan para permitir la concentración mundial de ingresos, favorable a los países ricos, a que da lugar la crisis económica y monetaria. De ahí que éstos atribuyan al petróleo la responsabilidad en la generación y el agravamiento de la crisis.

Indudablemente, el poder de monopolio no fue lo único que determinó la posibilidad de volver a corregir los precios del crudo en Abu-Dhabi. El retroceso en valores constantes de los años inmediatos anteriores se debió al aumento de la producción petrolera y a la recesión, que afectó a los principales países capitalistas y se tradujo en un menor crecimiento del consumo de crudo. El ajuste de diciembre de 1978 se inscribe en una necesaria tendencia general de aumento de los precios de las materias primas en medio de la inflación mundial. Responde también a la necesidad de promover inversiones en nuevos yacimientos y en otras fuentes de energía, como los esquistos bituminosos, el átomo, el carbón, el viento, el sol y el mar. La peculiaridad de la situación actual reside en que dichos aumentos se concretaron por el acuerdo alcanzado en la OPEP y por las expectativas acerca de que en el futuro inmediato la demanda se incrementará con más intensidad que las reservas de hidrocarburos.

Si bien el alza de las cotizaciones agregará un nuevo factor de perturbación a la crisis económica, también es cierto que constituye el único camino para salvaguardar el poder adquisitivo del petróleo y, por tanto, el de las economías nacionales que lo producen, mientras no se ponga límite a la inflación mundial. Y esto, ya se sabe, es una tarea que debe empezar por el dólar y por un reordenamiento más justo del comercio y la riqueza internacionales.

Entretanto, la dura realidad económica obliga a los productores a agruparse, como en el caso de la OPEP y de otras asociaciones, para enfrentarse al dominio de los países ricos en la economía mundial. La distribución injusta del poder económico y de los recursos financieros es fruto de ese dominio, tanto como de su capacidad de ejercer presiones concertadas de tipo económico y político para modificar la conducta de los productores cuando así conviene a sus intereses.

Las condiciones imperantes obligan a una profunda evaluación de la OPEP, a fin de que los países del Tercer Mundo extraigan las lecciones pertinentes. Dicha organización adolece de innumerables fallas y, dentro de ella, los países más poderosos se han ocupado más de discutir su nuevo "status" frente a los ricos que de contribuir a una mejor organización de las naciones pobres. En la medida en que ello ha sucedido, los logros de la OPEP favorecen ante todo a los países más poderosos que la constituyen. Si esta entidad no desea convertirse en un instrumento de agravación de los problemas del subdesarrollo debe comprometerse más directamente en las soluciones de fondo que requiere el Tercer Mundo.

En los próximos meses, sin embargo, el poder de la OPEP amenguará. El desarrollo de nuevos yacimientos en México, el Mar del Norte, Estados Unidos, Canadá, China y la URSS disminuirán su influencia. La actitud de México con respecto a la OPEP debe plantearse tanto en función de esas perspectivas, como de su favorable posición por haber reivindicado desde 1938 el pleno dominio, en ejercicio de su soberanía, de los recursos petroleros. La valiosa experiencia adquirida durante más de 40 años le abre caminos que no estuvieron al alcance de los fundadores de la OPEP cuando la constituyeron. Sean cuales fueren las decisiones que adopte México en esta materia, es indudable que su acción internacional estará encaminada a defender los ajustes de precios, entendiendo que ellos no son la causa de la crisis y tratando siempre de que las consecuencias originadas en esos actos no perjudiquen a las naciones del Tercer Mundo. □